

no volvió á empeñar la lucha con nosotros, sino cuando vió al vencedor de Italia desterrado en su conquista de Egypto. El Austria, mas tarde, no depuso las armas, sino cuando este mismo general, hecho primer cónsul, la obligó en Marengo á sancionar el tratado de Campo-Formio con el de Alejandría.

El ilustre Massena, que ocupaba el primer rango despues del general en gefe, por la parte que tuvo en todas las victorias, representó dignamente en Paris la gloria del ejército de Italia. Enviado por Bonaparte, entregó, el 9 de mayo, al Directorio, en una audiencia solemne, los preliminares de Leoben, y fue el héroe de la gran funcion nacional que el Directorio hizo celebrar en la capital con este motivo.

Entretanto, el senado de Venecia, que, el 15 de abril, protestaba tan altamente en la carta del Dux á Bonaparte de su invariable resolucion de mantener la paz, no habia desmentido la proclama publicada el 12, en todas las provincias de tierra-firme, á quienes llamaba á las armas para la defensa comun. No solo toda la poblacion se habia reunido á los regimientos esclavones y albaneses, sino que recorria

el país, arrojando y desarmando á todos los destacamentos franceses. El dia 16, entre otros, en que salió Junot, quinientos Franceses tuvieron que valerse de la fuerza para entrar en los fuertes de Verona, cuya guarnicion desde aquel momento fue de mil novecientos hombres, sin embargo de que la ciudad estaba ocupada por dentro y por fuera, por veinte mil soldados y paisanos venecianos. Desde algunos dias se predicaba en todas las iglesias el exterminio de los Franceses, por órden del senado. La proscripcion se unió al sacrilegio, pues durante las ceremonias de la semana santa, Pésaro organizaba y armaba cuarenta mil paisanos y diez mil Esclavones para destruir á un mismo tiempo á los Franceses y á sus partidarios; y dentro de Verona, la campana que llamaba á los fieles á los oficios divinos para el segundo dia de Pascua, fue tambien la señal del asesinato de los Franceses que cayeron horrosamente asesinados por sus huéspedes, en las calles y en los hospitales. Los heridos y hasta los moribundos fueron degollados. Las guardias de las puertas fueron sorprendidas. La guarnicion, demasiado débil para intentar una salida y amenazada con un asalto general,

no podia oponer otra cosa que el fuego de los fuertes donde quedaba encerrada. Mas de cuatrocientos Franceses perecieron sin combatir. Este crimen inaudito premeditado y ejecutado, á sangre fria, recibió tambien un nombre nuevo que unió para siempre el recuerdo de la mayor atrocidad de un gobierno despótico, á la mayor solemnidad del cristianismo. Pasará á la posteridad la mas remota, bajo el nombre de *Pascuas Venecianas*, mas horroroso aun que el de *las Vísperas Sicilianas*, con el tratado de Milan del 16 de mayo siguiente en el que se insertó. A mas de este horrendo atentado, se cometieron otros iguales en la Chiusa, Castiglione, Dezensano, Chiari, Valeggio, y en las ciudades que no habian proclamado la independenciam. La insurreccion se habia combinado con la marcha del cuerpo de Laudon que bajaba del Tirol, donde habia vuelto á ganar algunas posiciones á los Franceses; pero los preliminares de paz detuvieron de repente estos movimientos. Así es que, casi bajo los ojos de Laudon, ocho mil Venecianos fueron derrotados por la division de Victor que volvia de Roma, delante de Verona donde habian sido enviados para impedir la entrada de refuer-

zos franceses, mientras se ejecutaban dentro de la plaza los asesinatos preparados. Todo concurría á que se perdiese Venecia, tanto sus gefes políticos como militares. El 20 de abril, mientras el senado aguardaba con impaciencia la noticia de la rendicion de los fuertes de Verona, un buque frances, que venia á refugiarse al amparo de las baterías del Lido, perseguido por unos navíos austriacos, se vió acometido por la artillería veneciana y su capitán Laugier fue muerto á bordo. El 22, el senado dió gracias por un decreto al comandante del fuerte y concedió un premio á los marineros que habian saqueado el buque frances degollando á la tripulacion. Semejantes traiciones no podian quedar impunes; solo podia expiarlas la destruccion de la oligarquía veneciana que las habia consentido. El castigo se preparaba; los batallones de depósito iban andando; Verona se hallaba ocupada por la division de Victor, puesta bajo las órdenes del general Kilmaine, lo mismo que las tropas que Augereau y Baraguay d'Hilliers conducian hácia las lagunas.

El senado de Venecia, luego que tuvo noticia de haberse firmado los preliminares, cuyo

resultado habia sido la capitulacion de Verona, envió diputados al Directorio y al general Bonaparte, para apartar la venganza de la República francesa. Ofreció, en Paris y en Leoben, todo cuanto puede ofrecer un gobierno desesperado para salvarse. Bonaparte nada quiso oír; la sangre de las víctimas clamaba demasiado para permitir que se oyese á los asesinos. La hora fatal de Venecia habia llegado. Libre por la parte del Austria, y fuerte de la preponderancia que obtuvo de repente sobre los negocios de la Europa por el tratado de Leoben, Bonaparte no tuvo mas cuidado que el ir á castigar á Venecia por todas sus traiciones. Anuló, por un efecto de su sola autoridad, la negociacion entablada en Paris con el auxilio del oro de los oligarcas, y detuvo toda su correspondencia. El 3 de mayo, publicó en Palma-Nova un manifiesto en el que, despues de haber recordado con energía todas las sangrientas perfidias de aquella república, la declaró la guerra. Al leer este manifiesto, el senado, abandonado tambien por la corte de Viena, á quien habia suplicado en vano de hacerle comprender en la suspension de armas y en el tratado, tuvo que pronunciar

su propia disolucion y dejar el poder supremo. El terrible consejo de los Diez fue reemplazado por una mera municipalidad. Los senadores venecianos quisieron cargar la responsabilidad á Pésaro y éste al Austria, pero era demasiado tarde. El Leon de San Marcos fue derribado para siempre por Bonaparte á quien la destruccion del mas execrable poder que la oligarquía haya imaginado jamas, mereció realmente entonces el nombre glorioso de *vengador de la Italia*. El 11 de mayo, hubo una abdicacion general. Pésaro, justo objeto del ódio público, huyó con todos los nobles, y la soberanía volvió naturalmente al pueblo. Los embajadores extrangeros manifestaron tambien, con su salida precipitada, la ausencia del gobierno cerca del cual se hallaban acreditados, y el temor de verse comprendidos en el legítimo resentimiento del vencedor. Despues de cinco siglos de humillacion y de proscripcion, la democracia, que habia sido la verdadera fundadora de la potencia veneciana, volvió á sentarse sobre las ruinas de la tiranía de algunas familias patricias.

La tierra-firme se habia sublevado enteramente contra la metrópoli. Al recibir el mani-

fiesto de Bonaparte, Bérgamo, Brescia, Basano, Pádua, Vicencia, Udina, se constituyeron en república; la agonía de la república soberana duró quince días; quiso todavía parlamentar como si usase de un derecho de la guerra; tenía quince mil hombres dentro de sus murallas para la defensa de las lagunas; pero ya no se trataba de estipular para su existencia, ni suscribir á lo que el general en jefe había vuelto á pedir inutilmente á últimos de abril. Pésaro era de dictamen que se resistiese. El 1º de mayo, el gran consejo dió la autorización de tratar con Bonaparte para salvar la república. Bonaparte estaba ya en Treviso, desde donde fue á Mántua y desde allí á Milan. Los diputados supieron en Treviso que no quedaba esperanza de conciliación. Sin embargo lograron un armisticio de seis días, que puede compararse con las últimas horas de gracia que se conceden al reo sentenciado para que se prepare á morir. Bonaparte exigía el castigo de los tres inquisidores de estado y del comandante del Lido, para vengar la sangre de los Franceses y la muerte del capitán de navío Laugier. El gran consejo consintió en un principio en mudar la constitucion. El 8 consintió

igualmente en entregar la capital y mandó embarcar sus doce mil Esclavones para la Dalmacia. Los comisarios venecianos se trasladaron á Milan á donde Bonaparte pronunció, el 10 de mayo, como primera clausula del tratado, la abdicacion del gran consejo y el reconocimiento de la existencia de la soberanía en la reunion de los ciudadanos. Esto, por consiguiente, fue anterior á la resolución tomada el 12 por el gran consejo, espantado por la revolución que acababa de estallar dentro de Venecia, de adoptar un gobierno representativo provisional. El mismo dia, Baraguay d'Hilliers entró en la ciudad sobre la escuadrilla, que fue á buscarle mas allá de las lagunas, y desembarcó sobre la plaza de San Marcos en medio de las aclamaciones del pueblo. La municipalidad provisional de setenta individuos todos patricios, nombrada en virtud de la resolución del 12, fue inmediatamente reemplazada por otra enteramente democrática, que confirmó el convenio de Milan. Este gobierno singular no tenía atribucion ninguna para hacer ó ratificar tratados. Sus habitantes de tierra-firme no quisieron reconocerle ni tener relaciones con él. El presidente era el abogado Dan-

dolo, descendiente de aquel famoso Dandolo que se apoderó en Constantinopla de los caballos de Corinto, monumento que, despues de haber seguido dos veces la victoria romana en Roma y en Constantinopla, vino á ser como el Leon de San Marcos, un trofeo de la victoria francesa y fue enviado á Paris. Se quemó publicamente el libro de oro, así como la gorra ducal del Dux, y todas las insignias de la oligarquía derribada. La marina de Venecia, que constaba de doce navíos de á 64 cañones, y de otras tantas fragatas, salió para Tolon; las Islas Iónicas pasaron tambien bajo el dominio de la Francia. El general Gentili, á su vuelta de Córcega, salió sobre la escuadra veneciana cargada de batallones franceses, á plantar la bandera tricolor en Corfou. De manera que al ejército de Italia se debió tambien la conquista del Adriático. Jamas hubo posesion mas completa; pues solo quedaron en el Estado veneciano, los palacios, los antiguos súbditos y el ejército victorioso. Todos los individuos del gobierno soberano habian desaparecido, refugiándose á las provincias del Austria. La córte de Viena, que habia fomentado la insurreccion de los Venecianos, y que

acababa de sancionarla con un tratado, tenia sus motivos para negarse á incluirlos en el tratado que estaba negociando con la Francia. Desde aquel dia, Venecia ya no tuvo amigos ni enemigos; dejó de existir, y entró en el gran plan republicano de la Italia como en un depósito de donde la política habia de hacerla salir, bajo la condicion de una mera indemnizacion, concedida al aliado que la habia abandonado.

